

TESORO
ORATORIA SAGRADA

PREDICADORES

PRIMERA PARTE

DICCIONARIO APOSTOLICO

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS

Dr. D. Ramon Bello

Tom V

UNIVERSIDAD DE MADRID

DIOS.

SU EXISTENCIA PROBADA POR LA FÉ DEL GÉNERO HUMANO.

I.
Ego sum qui sum. Exod. 3, 14.
Yo soy el que soy.

Es ciertamente una cosa muy notable para los verdaderos filósofos el ver, que todo el género humano está de acuerdo en confesar la existencia de la Divinidad, en darle un culto y en rendirle homenajes de adoracion y de dependencia; conformidad tan universal y tan antigua como el mundo, que se extiende á los sabios lo mismo que al vulgo, y á las naciones cultas como á las más bárbaras. Efectivamente, los ingenios más grandes que han producido los siglos, los hombres más eminentes por su ciencia y sus virtudes, han pensado sobre esto como el pueblo, excepto algunos ridículos personajes, que han aparecido de cuando en cuando, para perturbar con su voz fatal la armonía del mundo. El ateo ingenioso en sustraerse á la luz, ó en ofuscarla con sus sofismas, se gloria de rechazar la creencia del mundo entero, y mira como una especie de triunfo el luchar él solo contra el género humano. Si se le habla de la universalidad de esta creencia religiosa, pronto trata de buscar en algun ignorado rincon del orbe un punto, en que la civilizacion esté tan atrasada, que no se halle, si es posible, rastro alguno de esta doctrina. Si se le señala esta unánime creencia del género humano como la voz de la naturaleza, de la razon y de la verdad, solo encuentra en ella un efecto de credulidad y de ignorancia; prefiriendo no ver en la razon natural mas que una preocupacion popular, ántes que pensar en esta materia como el pueblo: en fin, si obligándole á explicarse se le pregunta, de dónde ha podido venir á los hombres una creencia tan universal, tan antigua y tan arraigada como la de la existencia de Dios, contesta, que es un

008538

efecto de la imaginacion engañada por el miedo, ó de la política de los legisladores. Examinemos, pues, todos los subterfugios del ateísmo, para lo cual sentaremos tres verdades que llenen el objeto de esta conferencia: 1.ª la fé del género humano atestigua, que hay un Dios; 2.ª esta creencia viene de la naturaleza y de la más pura razón; 3.ª nada hay más frívolo que cuanto el ateo imagina para explicar esta fé. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. La creencia del mundo entero es un hecho, y como tal, no se prueba por conjeturas, sino por testimonios. Consultemos pues los anales del mundo, todos los monumentos históricos, las relaciones de todos los viajeros, y hallaremos demostrado, que todas las naciones, y todos los siglos, el antiguo y el nuevo mundo, están unánimes en la creencia de la Divinidad. Podríamos, desde luego, interpelar á los impíos, para que nos citasen una sola comarca de la que sea posible, no digo conjeturar, sino demostrar, que haya sido ó que sea atea.

Remontémonos hasta las épocas más remotas; recorramos todos los pueblos, tanto los más ilustrados como los más salvajes que han habitado el globo: ¿hallaremos acaso uno siquiera, que no haya estado imbuido de un conocimiento más ó ménos perfecto de la Divinidad? Fenicios, Caldeos, Egipcios, Persas, Judíos, Griegos, Romanos; todos, en fin, están acordes en este punto. Los tiempos fabulosos están llenos de las historias de dioses y semidioses: ¿y qué vemos en los filósofos, en los historiadores, en los poetas y en los oradores de la Grecia y de Roma, mas que señales bien patentes de la fe de todas las naciones? ¿Qué significan los altares, los templos, los sacrificios, las fiestas religiosas, las estatuas de los dioses, los himnos sagrados, los apotéosis, el Eliseo y el Tártaro? ¿No tiene todo ello una conexión palpable con el dogma de la Divinidad? Echad una mirada sobre la faz de la tierra, decia Plutarco (*Cont. Colot. Epicur.*), hallareis ciudades sin fortificaciones, sin ciencias, sin magistratura regular; vereis pueblos sin habitaciones separadas, sin propiedad de bienes, sin ningun conocimiento del uso de la moneda, y en una total ignorancia de las bellas artes; pero en ningunna parte encontrareis una ciudad que no tenga alguna idea de la Divinidad. Ciceron (*Cicer., Tuscul. Quæst.* lib. I, cap. xiii.) y Séneca (*Senec., Epist.* cxii.) han usado del mismo lenguaje.

Vemos, pues, aquí testimonios bien positivos de los hombres más sabios y más graves de la antigüedad, contra los cuales de nada sirven los pasajes oscuros y equívocos de ciertos escritores sobre el supuesto ateísmo de algunos pueblos, cuyo nombre es casi desconocido.

Hay que observar, señores, que sin poder acusar á un pueblo de ateísmo propiamente tal, pueden concebirse de él ciertas sospechas, ya porque teniendo costumbres impías y feroces viole todas las leyes divinas y humanas, que los otros reverencian; ya porque no presente vestigios bien claros de culto y religion pública, á causa de su vida errante y grosera independenciam; ya porque desprecie el culto de alguna deidad que adoren sus vecinos, ó ya, en fin, porque aún cuando reconozca á una Divinidad suprema, no la adore; y venere tan solo á dioses subalternos, cual se ha observado en algunos pueblos salvajes. Así es, que Plinio no veia en los Judios, que se distinguian por su religion del mundo idólatra, otra cosa mas que unos insolentes despreciadores de los dioses. (*Hist. nat.* lib. XIII, cap. iv.); y Ciceron en su oracion á favor de Fonteyo (*Pro Fonteyo*, cap. xx et seq.), arrebatado por el interés de su causa, trata á los Galos de impíos, sin fe ni probidad, y se complace en recordar su expedicion contra Delfos. Sin embargo, vemos que César, que ciertamente los conocia mejor, los pinta como una nacion religiosa en extremo. (*De Bello Gall.* lib. VI, cap. xvi). Así tambien se acusaba de ateos y sacrílegos á los primeros cristianos, porque aborrecian á los dioses del imperio. Guardémonos, pues, de acusar á un pueblo de ateísmo por algunas citas vagas. La creencia en la Divinidad fué tan universal entre los antiguos, que Lucrecio felicitó á su maestro Epicuro, por haber sido el primero que se atrevió á luchar contra el género humano, y á levantar la cabeza en medio de los pueblos sometidos, decia él, al yugo de la supersticion. (*De rerum nat.* lib. I, vers. 63 et seq.).

Además de esto, señores, aunque los antiguos hayan estado sumergidos en supersticiones ridiculas y monstruosas, y hayan poblado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades quiméricas, sin embargo, el conocimiento de un Sér supremo, de un Dios soberano, Señor de los otros dioses como de los hombres, era más general entre los sabios, y aún entre el vulgo, que lo que comunmente se cree.

Yo advierto, además, que los más célebres filósofos de la antigüedad creian en este Dios supremo; y que aún cuando reverenciaban por miedo ó por política á los dioses populares y nacionales, reconocian la grandeza excelsa del que habia presidido á la formacion de este universo. El apóstol S. Pablo les reprende ménos el haber desconocido la Divinidad, que el no haberla glorificado como debian.

Los poetas y los oradores han celebrado en sus obras el poder de este Dios, supremo director del universo y de las cosas humanas: tal

es el lenguaje de Homero, de Hesiodo, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio y de otros muchos.

Esto es ya suficiente para probar, que si el conocimiento del verdadero Dios estaba alterado, no habia llegado á apagarse en el entendimiento de los hombres más sabios y más hábiles de la antigüedad pagana, como tampoco entre el pueblo. El crimen de los idólatras consistia en no rendir al verdadero Dios un culto santo y puro; en prostituir los honores divinos, dirigiéndolos á genios maléficos y á divinidades subalternas y supuestas.

Pasemos de los pueblos de la antigüedad pagana á los de la edad moderna. Supongo que no se pondrá en duda la creencia de las naciones europeas, que se han formado hace mil y cuatrocientos años de las ruinas del imperio romano; y que no se negará, que los pueblos judios, cristianos, musulmanes é idólatras, esparcidos por la superficie de la tierra, profesan alguna religion, y que toda religion envuelve en sí un sentimiento más ó menos puro de la Divinidad. ¿Y qué diremos de los pueblos descubiertos en los últimos siglos? ¿Hasta donde no ha penetrado la audacia de los navegantes, y qué montañas, qué bosques no ha visitado el celo de los misioneros, por inaccesibles é impenetrables que sean? Sin embargo; ¿han descubierto, por ventura, los europeos, alguna nueva region en que ya no se hallase algun conocimiento de la Divinidad? No; no fué Colon el que le llevó á América, ni Magallanes á las islas de los Ladrones.

2. Asentada ya la creencia universal del género humano, por lo respectivo á la existencia de Dios, pregunto yo ahora ¿cuál es el origen de aquélla? ¿Procede acaso de las preocupaciones y de las pasiones, ó viene de la naturaleza y de la razon? Tal es la cuestion que vamos á ilustrar.

¿Qué doctrina es esta, me digo yo á mí mismo, que ha precedido á todas las edades conocidas por la historia, que ha subyugado al sabio como al pueblo, y triunfado de todas las revoluciones que han trastornado la faz de la tierra, que se encuentra entre los aduares de los salvajes como en las naciones civilizadas, y brilla en los siglos de la barbárie como en los de la ilustracion? Sí, señores: cambien en hora buena las costumbres; destrúyanse las leyes; perezcan los imperios: la creencia, sin embargo, de la Divinidad, permanece inmóvil en medio de las ruinas y vicisitudes de las cosas humanas. Sublévense contra ella las pasiones, obscurézcala la ignorancia, y combátala con sofismas el impío, nada llegará á destruir su imperio, que ejercerá con tanta más fuerza, cuanto más se la ultraje. ¡Desgraciada la nacion que la pierda de vista! Todos los males caerán á un tiempo.

sobre ella. Los pueblos pueden muy bien estar discordes en las costumbres y en el lenguaje, separados por mares inmensos, y divididos por rivalidades sangrientas; pero todos están conformes en un punto, que es la creencia en un Dios. Discordarán sobre la idea que se formen de él, sobre la adoracion que le rindan, y sobre los ritos sagrados del culto que le tributen; pero la doctrina es, en el fondo, la misma, aunque bajo diversas formas. ¿Y de dónde procede esta unidad, esta antigüedad, esta universalidad é inmutabilidad de doctrina entre tantos pueblos, divididos sobre todo lo demás? Si un efecto perenne y unánime supone una causa universal y constante, ¿por qué no hemos de reconocer como tal la voz de la naturaleza y de la verdad, que ha resonado en el universo y se ha hecho oír en todos los corazones?

Yo no tengo necesidad de discutir los motivos que han arrastrado al género humano á esta creencia. Importa poco saber si ha sido el sentimiento, la razon, ó el espectáculo de la naturaleza, ó todo esto reunido y fortificado por la educacion; ¿pero no es indispensable que, para subyugar de este modo á todos los hombres, estén pegados estos motivos por sus raíces al fondo mismo de nuestro ser, y que sean inseparables de nuestra naturaleza? No tratamos aquí de una opinion especulativa, indiferente y abandonada á las disputas de los ociosos; sino de una doctrina comun á todos, ligada á la conducta del hombre, que no puede mirarse sin el más vivo interés, continuamente discutida, y más de una vez combatida, pero siempre triunfante. Su origen debe, pues, estar ó en las preocupaciones y pasiones comunes á todos los hombres, ó en una razon igualmente comun á todos: por aquéllas podrán explicarse los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina; pero la doctrina, en sí, no puede explicarse sino por la razon.

Así, pues, se alcanza con facilidad, que es un error de los sentidos el haber imaginado el hombre falsamente dioses corpóreos; pues estando rodeados de objetos materiales, nuestra imaginacion no acierta á comprender la naturaleza de los espíritus. ¿Y si nosotros los cristianos, que tenemos ideas más claras acerca de este espíritu inmortal, no podemos ménos de pintárnosle bajo imágenes sensibles, nos admiraremos, de que los paganos hayan trasladado á sus dioses las formas y el aparato de las potestades de la tierra?

Que el hombre haya multiplicado falsamente las deidades, se conoce que es un error de su debilidad, ya sea porque se figurase, que el autor de todos los seres estaria como abrumado con el peso del gobierno de este universo, si le llevase solo, ó que se le representase como un gran monarca que, para descansar, necesita repartir entre

muchos la dignidad de su imperio; ó que, viéndole á una distancia inmensa se haya complacido en forjar divinidades más inmediatas, y, en cierto modo, más familiares: así vemos, que cada nación, cada ciudad y cada familia tuvo sus dioses, y que el mundo no fué mas que un templo de ídolos.

Que el hombre haya ideado dioses corrompidos, se comprende tambien; pues este error es un efecto del interés de sus pasiones. Pero ¿de dónde vino esa idea primitiva, que se abre paso al través de la superstición, cual rayo de brillante luz por entre las nubes? La mezcla impura que la envilece y degrada es efecto de la perversidad del corazón humano; pero el fondo de ella no puede proceder mas que de la razón y de la naturaleza.

Se nos citará acaso algún salvaje, que no haya tenido ninguna idea de la divinidad, para inferir de aquí, que la idea de Dios no es natural al hombre. ¿Pero de que un salvaje no hable como nosotros, se seguirá, que no sea natural al hombre el comunicar sus pensamientos por medio de la palabra, ó que el hombre que habla no es un sér natural? De que un salvaje no sepa discutir ni raciocinar como nosotros, ¿se infiere, que el hombre no sea naturalmente racional? Siempre que hablamos de razón y de naturaleza, se nos cita algún individuo, cuyas facultades morales é intelectuales están como en un estado de estupor y de muerte. ¡Qué lógica! Esto es lo mismo que decir, que el hombre, por su naturaleza, no está hecho para andar, porque en su primera niñez se ve obligado á arrastrarse con las manos.

3. Finalmente, señores, lo que prueba aun más evidentemente, que la creencia del género humano procede de la razón, es la frivolidad de las causas imaginadas por los ateos para explicarla; y estamos ya en la tercera y última asercion.

Hé aquí lo más especioso que presenta la novela inventada por los ateos, para explicar la fé del género humano en la existencia de Dios. Los hombres, dicen ellos, vivían al principio sin religion y sin Dios; cuando de repente se llenaron de asombro al ver los fenómenos extraordinarios que presenta la naturaleza. Los terremotos, las inundaciones y otras catástrofes llenaron de terror su corazón; é ignorando la fuerza de la naturaleza y las causas de estos sucesos, supusieron en los cielos séres enemigos del género humano, agentes secretos de los males de la tierra: de este modo el sentimiento de la Divinidad nació en medio de los sobresaltos, y la credulidad perpetuó despues lo que inventó el miedo. Segunda causa de esta creencia fué la política: conociendo los reyes de la tierra, cuán poderoso freno seria para los revoltosos el temor de la Divinidad, la invocaron en su so-

corro, y se inventó la religion para subyugar más fácilmente á los hombres: de este modo contribuyeron tambien la política y el interés de la sociedad á la invencion de Dios y de la religion.

Podríamos, señores, desde luego, pedir á los ateos pruebas positivas de este estado primitivo de ateismo, en que suponen que los hombres estaban sepultados.. ¿Dónde están los monumentos incontestables de aquel antiguo estado de absoluta incredulidad y del tránsito á esta creencia, la mas íntima que jamás ha existido? Pasemos, sin embargo, á los pormenores de las dificultades que se oponen.

Si el miedo hubiera inventado los dioses, solo se hubieran debido inventar dioses maléficos y crueles; y, al contrario, vemos que se adoraban dioses tutelares y genios buenos; que se creía una cosa tan natural atribuir á Dios la bondad, que no sabiendo como conciliar con ella los males que nos afligen, se ideó un principio malo. Si el miedo hubiera inventado los dioses, los hombres no se hubieran acordado de ellos mas que con un sentimiento de tristeza y de terror; y, sin embargo, vemos, entre los antiguos, una multitud de fiestas, en que no se respiraba mas que placer, y que solo consistían en regocijos. Dicen que el miedo hace los creyentes; mejor diremos que hace los impíos; pues cuando violamos la ley, quisiéramos libertarnos hasta de la idea de un legislador; para ser virtuosos es preciso tener valor; y solo somos viciosos porque no tenemos la fortaleza necesaria para ser buenos: somos malvados porque somos cobardes; y á fin de serlo sin remordimiento, desconocemos á Dios, que es la justicia y al mismo tiempo la bondad por esencia, y como ha dicho perfectamente el poeta del buen gusto y de la razón: *A Dios insulta así solo el cobarde.*

No negaremos tampoco, que los legisladores hayan apoyado en la religion sus leyes é instituciones; que se hayan aprovechado hábilmente de los sentimientos religiosos difundidos en el pueblo, para imprimir á su obra un carácter sagrado, suavizar el yugo de la obediencia, y hacer su imperio mas durable. Pero ¿es la política la que ha inventado esta doctrina? ¿Es ella la que ha revelado al género humano la existencia de Dios, que ántes ignoraba? ¿Dónde están las pruebas? Citensenos los legisladores que la han enseñado por primera vez. En hora buena, que la política haya podido servirse de los sentimientos religiosos, como se ha servido de los sentimientos de humanidad y del uso de la palabra, que une á los hombres entre sí; pero así como no ha sido la inventora de la humanidad ni de la palabra, tampoco lo ha sido de la religion.

Es, pues, cierto, que el género humano ha creído siempre, y cree todavía en Dios, y que esta creencia se halla en el fondo mismo de la

naturaleza racional; que todas las explicaciones que los ateos tratan de darle, son insignificantes; que sus sistemas pasarán, y que la fé en un Dios, árbitro supremo de todas las cosas, no dejará de perpetuarse entre los hombres. ¿Y qué sería de nosotros sin esta doctrina, no solo útil, sino necesaria?

Necesaria á la moral, porque sus preceptos no tienen un imperio sólido en el corazon del hombre, sino en cuanto en ellos se ve la voluntad de un Dios legislador supremo.

Necesaria á la sociedad, pues si destruimos los sentimientos religiosos, destruimos la barrera más fuerte que se puede oponer á las pasiones; las armamos contra todo lo bueno, y establecemos en el corazon una anarquía, que pasa de las familias á la sociedad.

Necesaria á los desgraciados, que, abandonados con harta frecuencia sobre la tierra, no tienen otro asilo que su esperanza en la Providencia.

Necesaria á los favorecidos de la fortuna, porque los hace más compasivos y más generosos, y los preserva del abuso de la prosperidad.

Necesaria para satisfacer nuestro corazon, que nada puede llenar sino Dios, Sér infinito. Arrancar de él este sentimiento, es dejarle en un vacío inmenso, abandonarle á las más vagas inquietudes, y hacerle débil, crédulo y fácil á entregarse á todas las imposturas: ved aquí, pues, cómo el ateismo, desechando toda creencia, conduce á la superstición, que todo lo cree.

Necesaria en fin á las letras y á las artes: en efecto, todo cuanto el ingenio humano ha producido de más patético y sublime, cuanto hay de grande y hermoso, está tan naturalmente hermanado con los sentimientos religiosos, que en el lenguaje universalmente recibido decimos: *esto es divino*. ¿Ha habido acaso algun gran poeta ó algun grande orador que haya sido ateo? El ateismo es el sepulcro del talento, así como el de la virtud.

Son, pues, los predicadores del ateismo enemigos de todo bien, de todo lo bello; la creencia en la Divinidad es el vigor y la luz de los entendimientos. Ocupémonos, en conocerla y amarla, hasta que tengamos la dicha de contemplarla frente á frente por toda la eternidad, que es lo que os deseo.

DIOS.

SU EXISTENCIA PROBADA POR LA SANA RAZON FILOSÓFICA.

II.

Ego sum qui sum. Exod. 3, 14

Yo soy el que soy.

La gravedad del asunto, que ha de servir de materia á este discurso, exige, que se determine con precision el punto de vista en que nos fijamos. Queremos buscar á Dios en el alma humana, queremos descubrir en ella las señales y caractéres que muestran el sello de la Divinidad; pero la conciencia, en la que queremos penetrar, es la conciencia formada por el cristianismo, la conciencia cristiana. Queremos que la razon nos diga todo lo que puede enseñarnos acerca de Dios; pero la razon iluminada por el cristianismo es á la que nos dirigimos. Hoy, pues, de enmedio de la luz, que ha derramado el cristianismo sobre la naturaleza divina, examinaremos la cuestion de saber, si Dios, tal como el cristianismo nos lo dá á conocer, personal, libre, creador del mundo y distinto del mundo que él ha creado, puede demostrarse por la razon.

Hay verdades que cualquier hombre no hubiese descubierto por sí mismo, pero que puede demostrar despues que le han sido enseñadas. Si á cada uno de los hombres le fuese necesario descubrir la geometría, habria muy pocos géometras; pero ¿con cuanta facilidad no se aprende de los demás esta ciencia? Antes del cristianismo, el hombre podia conocer, y en efecto conocia á Dios; iluminado por la razon, auxiliado por tradiciones, más ó ménos puras, podia elevarse hasta su autor. Sin embargo, en este conocimiento de Dios, hay un limite, que no ha llegado á traspasar el talento de los mas grandes filósofos de la antigüedad. Ha sido menester la luz del cristianismo para

derribar esta barrera, que se oponía al desarrollo del espíritu humano en la primera de todas las ciencias. Por los hechos, pues, estamos autorizados á decir, que en el conocimiento de Dios, hay ciertos límites, que la razon, abandonada á sí misma, no puede traspasar.

Hubo filósofos cristianos, hubo filósofos respetables que creyeron, que la razon no podia alcanzar el conocimiento de Dios, y que este conocimiento era un objeto de fé. Me parece que hay en esto una equivocacion. Reconocemos que la revelacion cristiana es necesaria para llegar á tener un conocimiento de Dios completo y eficaz; pero si se pretende que el hombre, cuya razon está desarrollada, que se halla relacionado con la sociedad humana y cristiana, en posesion de las ideas y del uso del lenguaje, no puede alcanzar las pruebas relativas al conocimiento de Dios, entónces nos separamos de esos filósofos y nos unimos á la inmensa mayoría de los Padres, de los doctores, los cuales creyeron que podian adquirirse dichas pruebas, y se dedicaron á la demostracion de la existencia y de las perfecciones de Dios. Vamos á servirnos de sus mismas pruebas; pero imploremos ántes la gracia: A. M.

1. Hay en el lenguaje humano un nombre grande; ese nombre, primer sonido del alma, repetido por todos los ecos de las edades en todos los puntos del espacio y del tiempo, ha resonado siempre en el fondo de la conciencia humana. Ese nombre, transmitido constantemente por la tradicion, tiene el poder de excitar, de despertar la idea latente en lo más profundo de la conciencia; ó más bien, en el instante mismo en que el sonido conmueve el órgano exterior auditivo y se hace perceptible al alma, introduce inmediatamente en ésta un rayo de la eterna verdad, que hace brillar en medio de las tinieblas la gran luz de la idea divina. Cuando mi boca pronuncia el nombre de Dios, os representais al instante el Sér eterno, infinito, inmutable, bastándose plenamente á sí mismo; infinitamente inteligente, sabio y bueno, causa suprema y último fin de todo lo que existe. ¡Y con qué facilidad esta idea avasalla vuestra razon! Es la idea la más sublime y la más simple al mismo tiempo; es la idea que se halla así en la inteligencia del pastor, como en la del filósofo; la que recibe la infancia con una maravillosa docilidad, desde que tiene uso de razon; la que la edad madura contempla sin poder agotar este objeto de sus meditaciones. Es esta idea el fondo de la inteligencia humana: sin ella no hay razon; sin ella nada podemos concebir; sin ella no podemos pensar ni hablar; y negándola, la afirmamos. Todas las nociones de verdad, de bondad, de hermosura se fundan en ella y nos condu-

cen á ella. Esta idea es la luz del alma, el aire que ella respira, la vida que la anima y que circula en ella.

Digo que no podemos concebir nada, ni comprender en realidad nada, ántes de conocer á Dios. Vosotros existís hoy, pero no existiais ayer; hubo un tiempo en que vuestros padres tampoco existian; subiendo así, por la cadena de las generaciones humanas, es forzoso ir á parar á un primer anillo. Por mas que prolongueis esta cadena, si dais oídos á vosotros mismos, será preciso hallar un punto inicial. Una sucesion sin principio es un efecto sin causa. ¿De donde viene esta sucesion? ¿De la nada? Es absurdo; *ex nihilo nihil*. ¿Vendrá quizá de ella misma? Pero entónces, tendria en sí misma su principio y su razon de ser; seria eterna, infinita, inmutable, siendo así, que en el hombre no hay mas que límites, miserias y la nada. Luego es menester, que haya una causa diferente de la sucesion, y esta causa es necesariamente eterna é infinita; es el Dios que buscamos.

Lo que dije del hombre, lo digo tambien del mundo; no puede concebirse el mundo por sí solo. No es dado á la razon concebir el mundo por sí solo, porque seria reducirlo á la nada y destruir la nocion que de él se tiene. En efecto, no podreis concebir el mundo por sí solo sino haciéndolo Dios, y transfiriendo al mundo la nocion de Dios. Entónces el mundo seria necesario, eterno, infinito. Pero ¡qué caos de ideas, qué contradicciones en los términos! ¡El mundo necesario! ¿Por qué, pues, me es conocido, bajo la nocion de la contingencia? Ved aquí un átomo de materia que pesa poco, sin duda, en la masa del universo; ved aquí una hebra de yerba, una hoja de árbol, ved aquí un astro... Pues bien, yo puedo concebir no existentes todas estas cosas; luego no son necesarias.

Si yo no puedo concebir el mundo necesario, tampoco puedo concebirlo eterno. La ley del mundo es la sucesion en la duracion, es el tiempo. Esta sucesion, este tiempo no pueden confundirse jamás con la eternidad, que es un punto indivisible. Intentad concebir un tiempo sin pasado, ni presente, ni futuro; sin principio, ni medio, ni fin, y no lo conseguireis. Podeis destruir la nocion del tiempo, ó mas bien, podeis dejarla á un lado, olvidarla, reemplazarla por la de la eternidad, pero no veréis idénticas estas dos nociones.

Así, señores, no se puede concebir el mundo por sí solo, el mundo sin Dios. En los esfuerzos que hay que hacer para comprender esta idea, los pensamientos se confunden, la razon se deslumbra, y no halla otro resultado que el caos y la nada. No, no podemos concebir ninguna cosa sin la idea de Dios; y siempre que nos proponemos estas formidables cuestiones: ¿existe alguna cosa? cómo y por qué exis-

te? si no se busca en Dios la solucion de estas cuestiones, si ellas no nos conducen á Dios, la razon se suicida, recibiendo por castigo una orgullosa y terrible infelicidad.

2. ¿Será necesario presentaros otras pruebas de la existencia de Dios? ¿No seria esto haceros un insulto? Las reflexiones que acabo de someteros, bien examinadas, son suficientes á la recta razon y á un buen corazon. Sin embargo, quiero presentaros, bajo una forma vigorosa, la demostracion de la existencia de lo infinito personal, distinto del mundo, y desvanecer las principales dificultades que el racionalismo absoluto pone contra la personalidad divina.

Un estudio detenido de la conciencia nos da á conocer todos sus elementos constitutivos; y en estos elementos de la conciencia, desenvueltos por el cristianismo, hallamos el punto de donde debemos partir.

La conciencia es el espejo interior, en donde se refleja la universalidad de los objetos. Cada sér de la naturaleza, cada pensamiento del espíritu, cada determinacion de la voluntad, cada impresion de los sentidos deja marcada en ella una viva huella; el mundo exterior se halla otra vez en ese mundo interior, que llevamos dentro de nosotros mismos.

Yo observo, desde luego, que todas mis impresiones me dan el sentimiento de una fuerza que está en mí, y que es yo mismo. El yo, este apoyo del mundo interior, es una fuerza que siente, compara, juzga, razona, quiere ó no quiere, obra ó no obra, segun su propia determinacion.

Pero este yo tropieza continuamente con un objeto distinto de el que se le pone delante, le envia mil impresiones de toda especie, le hace sentir más ó ménos una fuerza distinta de su fuerza, una fuerza que lo limita.

Este objeto es el mundo de la naturaleza y el mundo de la humanidad. Si considero este objeto, que se presenta delante de mí, y que viene á reflejarse como imágen ó como idea dentro de mí mismo, veo en él una multitud indefinida de seres, desde el átomo imperceptible, hasta el sol el más brillante. Como todos estos seres obran sobre mí y me modifican continuamente, resulta, que me hallo en un contacto necesario y continuo con otros objetos diferentes de mí; y me es tan imposible separarme del sentimiento de un objeto distinto de mí, como del sentimiento, del yo mismo.

Estos son los dos primeros elementos de mi conciencia, comprendidos en todas mis modificaciones, y que se resumen en la idea del yo y en la idea del mundo. Si comparo, ahora, estas dos ideas esenciales,

el primer carácter que noto, es: que una cualquiera de ellas supone la otra, siendo recíprocamente relativas. Estas ideas, consideradas en sí mismas, me representan una multiplicidad indefinida. ¿Qué es el mundo sino una multiplicidad sin número? Contad, si os es posible, los seres que pueblan el espacio y el tiempo, los átomos de polvo y de luz, que forman en él extensos torbellinos; calculad el número de pensamientos que se producen en el espíritu y en el corazon del hombre. Esta multitud indefinida está como en un flujo y reflujo continuo; todos estos seres pasan y se escurren. Ellos eran, serán mucho más de lo que son en realidad; ellos son y no son; yo no veo en ellos sino la imágen de la contingencia, de la movilidad, de la mortalidad. Por esto es claro, que todos estos seres son limitados. El límite los circunda, los estrecha por todas partes. Límites en el ser, límites en la fuerza, límites en la duracion; no veo más que límites.

Así relatividad, multiplicidad, variabilidad, contingencia, límites, tales son los caracteres generales del yo y del mundo; y todos estos caracteres están expresados por una sola palabra, lo finito.

Pero hay en la conciencia y en la razon otro elemento. Cuando yo enumeraba los caracteres de lo finito, cuando nombraba lo relativo, lo múltiplo, lo variable, lo contingente, lo temporal, ¿no oiais en vuestras conciencias una voz, eco del mundo divino, que nombraba al mismo tiempo lo que es opuesto á estos caracteres, lo absoluto, lo uno, lo necesario, lo eterno, lo inmutable, lo infinito? ¿Podreis concebir los primeros términos sin los segundos? ¿Es dado al espíritu humano separarlos?

Así, señores, en una esfera superior, infinitamente superior á la idea de lo finito, hallamos en nuestra conciencia la gran idea del infinito. ¿Qué difícil me es comprender, como soy capaz de concebir esta idea tan maravillosa! No tengo delante de mí sino fenómenos sucesivos, fugitivos, variables; yo mismo me siento limitado por todo lo que me rodea, y, sin embargo, tengo la idea de la unidad, de lo absoluto, de lo eterno, de lo necesario, de lo inmutable, de una perfeccion soberana; tengo la idea del infinito. Estas dos ideas del infinito y de lo finito me acompañan siempre: no puedo borrarlas, ni olvidarlas, ni deshacerme de ellas.

Pero ¿no existe ninguna relacion entre estas ideas? ¿No existe ninguna relacion entre lo finito y lo infinito? Como yo no puedo concebir lo finito por sí solo, como no puedo hallar en lo finito su razon de ser, me es forzoso, por la constitucion de mi naturaleza, referir lo finito á lo infinito, considerar lo infinito como la causa y la razon de lo finito. Hay, pues, entre el uno y el otro la relacion que existe entre la causa y el efecto. Pero como el infinito es suficiente á sí mismo;